

A close-up photograph of a woman wearing a vibrant red, off-the-shoulder dress with intricate gold and blue embroidery. The dress features a wide white lace collar and a large, ornate brooch at the center. She is also wearing large, dark, braided hair accessories and pearl earrings. The background is dark and out of focus.

UNA JOYA LEGENDARIA
EN MANOS DE MUJERES EXTRAORDINARIAS

CARMEN POSADAS

LA LEYENDA DE
LA PEREGRINA


ESPASA

CARMEN POSADAS

LA LEYENDA
DE LA PEREGRINA



ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

© Carmen Posadas, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.502.2020
ISBN: 978-84-670-6027-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

| | |
|--------------|----|
| Prólogo..... | 13 |
|--------------|----|

Primera parte

DE CÓMO SALIÓ LA PEREGRINA DE LAS AGUAS Y DE LA HISTORIA DE AMOR QUE LA ACOMPAÑA DESDE ENTONCES

| | |
|---|----|
| Año: 1579. Lugar: Archipiélago de las Perlas, Panamá | 20 |
|---|----|

Segunda parte

EN LA QUE SE HABLA DEL PRIMER PROPIETARIO DE LA PEREGRINA Y DE CÓMO LLEGÓ ESTA DE PANAMÁ A LA CORTE DE FELIPE II

| | |
|--|----|
| Año de gracia de 1580. Lugar: la Villa y Corte de Madrid..... | 38 |
| De las extrañas cosas que encontró Don Diego en el Alcázar, donde los ángeles se asemejan demasiado a los demonios..... | 45 |
| No fue culpa de san Jorge | 52 |
| Donde se habla de un criador de sanguijuelas y de cómo la perla comenzó a formar parte de la sin par colección de joyas de los Austrias..... | 62 |
| Un regalo para mi dama de blanco | 72 |
| Donde se explica cómo pasar del éxtasis al tormento en tres días | 75 |
| Epílogo | 85 |

Tercera parte

LA EXTRAÑA CORTE DE FELIPE III O LOS PECADOS
DE UNA DAMA DEMASIADO MEMORIOSA

| | |
|--|----|
| Año: 1621. Lugar: convento de la Encarnación de Madrid..... | 88 |
|--|----|

Cuarta parte

LA CORTE DE FELIPE IV
(La Peregrina en el reino de las sabandijas)

| | |
|---|-----|
| Año: 1656. Lugar: una de las salas más soleadas del Alcázar..... | 124 |
|---|-----|

Quinta parte

TIEMPO DE BRUJOS, DE HECHIZOS Y DE DEMONIOS
(La corte de Carlos II)

| | |
|---|-----|
| A su excelencia Marie-Catherine le Jumel de Barneville de Barneville | 154 |
| Tiempo de brujos, hechizos y demonios (Memorias de una intrusa en la corte de Carlos II) | 159 |

Sexta parte

CASTRADOS, LOCOS
Y UN PAVOROSO INCENDIO
(La corte de Felipe V)

| | |
|--|-----|
| Año: finales del reinado de Felipe V. Lugar: palacio del Buen Retiro de Madrid..... | 184 |
| La historia según Claretta | 186 |

Séptima parte
JUSTO ANTES DEL DILUVIO
(Cosas que pasaban en la corte de Carlos III)

Fecha: 1788. Lugar: Palacio Real de Madrid 218

Octava parte
CAPRICHOS Y ESPERENTOS DE GOYA
(La corte de Carlos IV)

Año: mayo de 1808. Lugar: Madrid..... 246

Novena parte
PEPE BOTELLA O EL REY DEL BOTÍN
(La corte de José Bonaparte)

Año: *circa* 1816, veinte meses después de la derrota
de Napoleón en Waterloo. Lugar: manicomio
de la Pitié Salpêtrière-París 274

Décima parte
EL AMOR Y LOS MANDINGAS
(La Peregrina, de manos de José Bonaparte
a las de Napoleón III)

Año: 1844. Lugar: Florencia, a la muerte
de José Bonaparte
Año: 1865. Lugar: Londres, a la muerte
de Harriet Howard..... 324

Undécima parte

LA PEREGRINA

VERSUS LA PELEGRINA

(Una historia en la que se mezclan la corte de la reina Victoria, la muerte de Rasputín y los ardides de cierto agente secreto que supo estar en todas partes sin [apenas] ser visto)

Año: 1960. Lugar: Botley, Oxfordshire, Inglaterra, casa de Oswald Rayner, antiguo miembro del MI6..... 376

Duodécima parte

VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG Y LA FALSA PEREGRINA

Año: 1969. Lugar: Lausana, Suiza..... 410

Alfonso de Borbón Dampierre se toma un par de martinis 421

Decimotercera parte

LA SEÑORITA TAYLOR SE PREPARA PARA SALIR DE ESCENA

(Silencio, cámara, ¡acción!)

Año: 2002. Lugar: casa de Elizabeth Taylor, Bel Air, California..... 458

Nota de la autora..... 471

PRIMERA PARTE

DE CÓMO SALIÓ
LA PEREGRINA DE LAS AGUAS
Y DE LA HISTORIA DE AMOR QUE
LA ACOMPAÑA DESDE ENTONCES

Año: 1579

Lugar: Archipiélago de las Perlas, Panamá

—Despierta, Lumba, otra vez estabas soñando. Tranquilo, amor... No es más que una de tus pesadillas... Falta mucho para que suene la campana y ellos hagan restallar sus látigos, la luna aún no se ha escondido; descansa.

Lumba la miró, era tan bonita. Aila y Lumba se habían conocido diez meses atrás, pero él tenía la sensación de que llevaban juntos una vida entera. Según Aila, eso era porque sus *eggun* debían de haberse unido, allá dondequiera que vivan los espíritus, muchos siglos antes de que los dos fueran llevados hasta las Indias, encadenados como animales en la bodega de la gran nave en la que cruzaron el Atlántico. Solo dos de cada cinco esclavos lograban sobrevivir a la travesía y las mujeres —apenas unas niñas, los negreros las querían jóvenes— eran sistemáticamente violadas durante el trayecto. De este modo, se mantenía contenta a la marinería y, si quedaban preñadas, mejor que mejor, más rendimiento se le sacaba a la mercancía, dos por el precio de uno. Porque una esclava embarazada valía entonces más que un esclavo: una vez parida, podía usarse como ama de cría, mientras que al hijo a los tres o cuatro años lo ponían a recoger algodón. Algunas muchachas ni siquiera podían aspirar a tan triste suerte. El maltrato, el horror y los partos en condiciones infrahumanas,

unidos a la mugre, las bubas y los miasmas, hacían que muchas se convirtieran en pasto de tiburones antes de llegar a América.

Estas y otras penalidades había visto o vivido Aila antes de conocer a Lumba, pero todo lo daba por bueno con tal de haberlo encontrado. En el tiempo que duró la travesía a las Indias, sus miradas se habían cruzado varias veces sin poder hablar ni tocarse, encadenados como estaban, cada uno en un extremo de la bodega. Fue luego, ya en tierras de Panamá, cuando el destino los unció tomando la forma de los dobles grilletes con los que emparejaban a los esclavos antes de llevarlos al Techado. Tal era el nombre que los blancos daban a una especie de chamizo bajo y sin paredes situado en una zona especialmente bulliciosa del puerto. Allí los exhibían a los compradores, mojados como si fueran relucientes caballos y completamente desnudos.

—¡Miren aquí, sus mercedes, un negro de unos dieciséis años sano y sin tachas!

—¡Ahora una negra conga de unos quince años con todos sus dientes y preñada!

—¡O esta recién parida y su cría! ¡Las dos sanas y hermosas!

Los compradores que se interesaban por la mercancía se detenían ante los ejemplares que llamaban su atención. Les abrían la boca para examinar la dentadura, palpaban luego sus pechos, sus ancas; a las mujeres les metían un par de sucios dedos por la vagina con aire de tratante de ganado y mirada concupiscente.

Un comprador acababa de acercarse a Aila. Bajo un sombrero de paja sudado, se entreveían unos ojillos duros y negros, también una nariz partida y una boca desprovista de dientes.

—¡A ver, tú! Da un paso al frente —ordenó, iniciando la rutinaria inspección.

Aila cerró los ojos y los mantuvo apretados todo el tiempo que duró el ultraje. Cuando los abrió, lo primero que vio fue a Lumba. Había logrado zafarse de sus ataduras y se abalanzaba ya sobre aquel tipo.

—¡Atajad a ese salvaje!

—¡A mí, por caridad, que me mata!

Hicieron falta tres hombres para reducirlo y, una vez en el suelo, con la cara aplastada por la bota de uno de ellos, el capataz se disponía ya a demostrarle quién era el amo cuando una voz se alzó sobre las muchas airadas que coreaban:

—¡Cuidado, tiene al diablo en el cuerpo!

—¡Matadlo, voto a Dios!

—¡Acabad con él! Un negro así solo trae problemas.

—Yo lo quiero.

—¿Cómo dice vuestra merced?

—He dicho que quiero comprar ese esclavo. —Quien así hablaba era un hombre de baja estatura y hechuras de barrica, calvo y con unos pies demasiado grandes para su tamaño. Aun así, una extraña autoridad emanaba de sus ojos, que era claros, transparentes—. También la quiero a ella —añadió, señalando a Aila—. Espero que me ajustéis un buen precio. Me da a mí —sonrió, dejando al descubierto una dentadura inesperadamente blanca y perfecta— que os hago un favor aligerándoos de dos problemas. ¿Cómo te llamas? —preguntó, dirigiéndose a Lumba, que, ensangrentado y maltrecho, intentaba ponerse de pie. Y luego añadió—: ¿Sabes nadar, muchacho?

—Mi nombre Lumba, para servirle —respondió él en el rudimentario portugués entreverado con español que había logrado captar durante la travesía—. Y sí, sé nadar, señor, yo crecer junto a gran río. Ella igual —aseveró, mirando a Aila sin saber si era cierto lo que afirmaba.

—Chico listo. Me da a mí que es de los que aprenden sin que se le enseñe. Es justo lo que necesito.

—No se fíe su merced, que los avispados son los peores —intervino otro de los vendedores—. Mire, en cambio, este salvaje que aquí tengo. Alto como una torre, duro como el pedernal y con el cerebro de un mosquito, con él no tendrá cuitas.

—Los quiero a ellos dos —insistió el comprador—. ¿Cuánto pedís por la pareja?

—¿Puedo preguntar qué uso piensa su merced dar a los salvajes? Así podré aconsejarle sobre otros ejemplares que le convengan —sonrió aquel tipo, viendo posibilidades de hacer más negocio—. ¿Los quiere para carga, para uso doméstico, para recoger algodón, quizá...?

El caballero no vio oportuno responder a sus preguntas. Pagó sin regatear el dinero que pedían por Lumba y Aila y luego ordenó al vendedor que cubriera sus desnudeces.

—Ningún ser humano merece ser exhibido como un animal —dijo mientras él mismo ayudaba a Aila a ponerse la rústica camisola que le brindó, muy a regañadientes, otro de los negreros, una que apenas servía para tapar sus vergüenzas.

—¿Quién demonios es este tipo y qué carajo se ha creído? —comentó el segundo de los capataces al tiempo que recogía del suelo su látigo y golpeaba con él la caña de sus botas.

Pero también esa pregunta habría de quedar sin respuesta.

* * *

Lumba y Aila no tardarían en averiguar quién era don Vicente de Tolosa, dueño de la mayor pesquería del Archipiélago de las Perlas, un conglomerado de islas que se extendía al lado oeste del istmo de Panamá en el recién

descubierto mar de Balboa. Y pronto supieron también, gracias a Romualdo —un negro viejo que servía como esclavo doméstico en la casa de don Vicente—, otros útiles retazos de información sobre el lugar al que los habían conducido.

—Estas islas, y en especial isla Rica, que es donde con toda seguridad os llevarán mañana —comenzó explicando Romualdo—, guardan un inmenso tesoro. Sus aguas esconden conchas grandes como parasoles en las que se crían perlas, algunas tan gruesas que pueden alcanzar el tamaño de una oliva de las más gordas y lustrosas. El amo lleva años aquí, antes incluso de que trajeran esclavos negros a estas costas. Como no tiene familia ni nadie con quien hablar y a mí me gusta escuchar, me cuenta cosas. Por eso sé que, cuando él llegó, eran los indios quienes las pescaban y los blancos los engañaban cambiándoselas por baratijas y cuentas de colores. Bueno, eso cuando no los molían a golpes para que confesaran dónde se encontraban los más ricos caladeros. También los aterrorizaban con perros de presa *traíos* del Viejo Continente. Aquellos infelices, que nunca antes habían visto fieras así, las tomaron por criaturas del infierno. Y bien que lo eran, porque, una vez que cataban la sangre, no había modo de pararlos. Por eso, no a mucho andar, de aquellos *desgraciaos* apenas quedó ninguno, así que *tuvieron* que traer a esclavos negros *pa* hacer el trabajo. Pero bueno —continuó el negro Romualdo—, *to* eso era antes. Don Vicente es buen amo. Incluso *tié* una ley que dice que el esclavo que consigue pescar una de esas grandes perlas compra con ella su *libertá*.

—¿Y el amo la cumple?

—Sí, pero *tié* que ser pieza en verdad extraordinaria. Solo sé de dos veces que apareciera una con tales hechuras. La primera dizque la pescaron mucho antes de mi tiempo, y *na* puedo decir de ella, la segunda apareció hace

unos veinte años. Esa la pude ver con mis propios ojos y era *ansí* —explicó Romualdo, señalando un tamaño que a Lumba y Aila les pareció harto exagerado. Pero las grandes perlas son cosa de Mandinga. Nacen en aguas tan hondas que, a los que bajan por ellas, se les revienta *to* por dentro. Algunos mueren *na más* salir del agua. Otros *piacen* tan sanos ese día pero al siguiente empiezan a echar sangre y espumarajos por la boca, *igualico* que si un mengue se les hubiese *comío* las entrañas. A algunos con más suerte, en cambio, no les pasa *na*. *Tó* depende de los *eggun*, de los espíritus de cada uno, supongo.

—¿Qué ocurrió con el esclavo que pescó la segunda gran perla? ¿Lo protegieron sus *eggun*?

El viejo negó con la cabeza.

—Pero ¡hay que ver qué perla la suya! —continuó poco después—. Me *piace* la estoy viendo *ahoritica mesmo*, bien redonda en la parte de arriba pero luego se alargaba, *igualica* que una lágrima, hasta acabar con una muesca, sí, eso es, con una marca en forma de cruz *justico* en la base. No era dizque de las más codiciadas porque esas han de ser perfectas, sin tacha y con las hechuras de una pera pequeña. Pero como era *mu* rara, y además tenía la señal del Dios de los blancos en la base —explicó el viejo—, el amo decidió que debía cumplir su promesa y poner en libertad a quien la descubrió.

—¿Pero no dijiste que el esclavo murió al pescarla?

—Eso dije, pero tenía mujer e hijo y a ambos dejó libres el patrón.

—Y ¿qué pasó con la perla?

—Don Vicente la vendió a un señor *mu* principal. Luego supimos que ese caballero se la había llevado a España para dársela al rey que, a su vez, se la regaló a una de sus esposas.

—Ah, pero ¿tiene varias?

—Eso he oído decir al patrón. Es una de sus historias favoritas, y si a él le place contarla, a mí me gusta repetirla *pa* que se vea que entre los blancos pasan las *mesmitas* cosas que entre los negros. Según mi amo, el segundo de los Felipes, que es el rey más poderoso de *toa* la tierra y en cuyos dominios no se pone el sol, tiene *mu* mala sombra en amores. Cuatro veces se ha *casao* y tres se le han muerto. Ojalá la cuarta reina que ahora tiene no siga tan negra suerte...

* * *

La historia de los quebrantos amorosos de Felipe II no impresionó en absoluto a Lumba. Pero sí en cambio la de las grandes perlas que compran la libertad de un esclavo, y fue entonces cuando comenzó a soñar.

Es cierto que, al menos hasta el momento, su sueño no estaba siendo todo lo hermoso que cabía esperar. Don Vicente era amo compasivo, pero eso no quería decir que sus empleados lo fueran. Como la pesquería se encontraba en un islote distante a unas cuantas millas de la isla en la que él tenía su casa, los encargados hacían y deshacían a su gusto. La campana sonaba a las cuatro y media de la madrugada y a partir de ese momento todas las rutinas de la pesquería se ponían en marcha al conjuro del látigo. Después de un desayuno que consistía en agua, un chusco de pan y media docena de ostras que a Lumba al principio le parecieron sabrosas pero al cabo de un par de meses llegaría a aborrecer, los veinte o treinta esclavos de la pesquería eran llevados por los capataces a lo que ellos llamaban la Negrería. Era aquel un recinto húmedo y apestoso dentro del que apilaban montañas de conchas pescadas la víspera que había que abrir en busca de su escondido tesoro. La mayoría de ellas solo contenía el propio bicho, que aparta-

ban para alimentar a los esclavos, mientras que el resto se quemaba ahí mismo, lo que envolvía el recinto en un tufo mareante y contumaz. A veces, no muchas, alguien gritaba: «¡Perla!», y entonces uno de los blancos se acercaba a quien la hubiese encontrado para recogerla en una cestilla. Todos los esclavos invocaban a sus espíritus favoritos para que, al final de la jornada, la cestilla contuviera al menos diez o doce perlas, porque de lo contrario sabían qué ocurriría a la hora del almuerzo: una ración aún menor de pan y de agua, compensada por doble ración de aquel aborrecible molusco que, para colmo, producía en Lumba terribles pesadillas nocturnas.

Sin embargo, eso no era nada comparado con lo que venía a continuación.

Hacia las doce, cuando el sol brillaba en lo alto, tres barcas, cada una con diez o doce esclavos y esclavas, se dirigían a los caladeros. A las mujeres, todas nadadoras expertas como también llegó a serlo Aila con el tiempo, las utilizaban para bucear entre los corales. Allí no había conchas grandes como parasoles sino otras pequeñas, pero igualmente apreciadas porque con frecuencia contenían perlas irregulares, de formas caprichosas, a las que llamaban «barrocas» y que, según se decía, alcanzaban alto precio en el Viejo Continente. Las otras, en cambio, las más grandes y gruesas, dormían mar adentro, más allá del arrecife, y su pesca se encomendaba a los varones más jóvenes y fuertes.

—¡Eh, vosotros! ¿A qué estáis esperando, grandísimos gandules? ¡Akali, Kaikara! Venid acá ahora mismo. Se acabó el descanso. Coged de nuevo vuestras piedras y al agua. ¡No, pardiez! ¡Esa no, coge otra más grande, negro estúpido! Y da las gracias a tus bobos y heréticos dioses de que hoy estoy de buenas, que si no te la ataría con una soga al cuello. Y hablando de sogas, no olvidéis amarraros bien

vuestro cabo a la cintura, a menos que queráis acabar como el majadero de Guluamba, vuestro difunto amigo, ¡rediós!

Más de veinte veces se habían sumergido Lumba y los otros dos esclavos a lo largo de la mañana y las rutinas e instrucciones eran siempre las mismas. Para llegar más rápido al fondo debían zambullirse con una pesada piedra entre las manos y, como única ayuda y guía para no perder la referencia de dónde estaba la barcaza, habían de llevar un cabo atado a la cintura. A veces, el cabo solo servía para recuperar el cadáver de algún desdichado cuyos pulmones no habían resistido las veinticinco y hasta treinta inmersiones diarias a las que los obligaban. Otras, si el buceador olvidaba por azar amarrárselo bien, perdía aquel tan necesario cordón umbilical que le unía con la superficie y podía acabar como Guluamba. Habían aguardado su regreso hasta que se hizo de noche. A los blancos no les gustaba perder mano de obra, pero Guluamba no volvió a emerger. Posiblemente las buceadoras de los arrecifes lo encontrarían mañana o pasado, flotando entre los corales como una vejiga hinchada. O peor aún, tal vez solo dieran con su cabeza o con uno de sus pies, en el caso de que hubiera tenido la mala fortuna de encontrarse con un tiburón o una barracuda.

Pero en nada de esto quería pensar Lumba a punto de sumergirse por enésima vez aquella tarde. Pronto el sol comenzaría a declinar. En sus anteriores inmersiones no había tenido suerte. Ninguna de las conchas que logró liberar del fondo contenía perla. Aun así, estaba seguro de que hoy iba a ser su día y que, oculta entre algas y rocas, lo esperaba ella, una de las grandes perlas. Lo sabía porque, por primera vez en meses, la ingesta de ostras no le había producido una de sus pesadillas habituales, sino que le regaló un sueño nítido y detallado de lo que estaba a punto de ocurrir.

La barcaza acababa de cambiar de ubicación en busca de nuevos enclaves. Habían echado ancla más allá del arrecife en un lugar no explorado hasta ahora. ¿Cuántas brazas habría hasta llegar al fondo? Lo menos diez más que en inmersiones anteriores, pero el sol brillaba lo suficientemente fuerte como para alcanzar a ver bien en aquellas profundidades. Lumba se llevó entonces la mano al muslo derecho, allí donde, horas atrás, había amarrado el cuchillo del que se valían los buceadores para separar las conchas de su lecho. Comprobó que seguía en su lugar y, a continuación, antes de coger la pesada piedra que durante todo el día le había ayudado a llegar tan veloz como infructuosamente al fondo, comprobó que la sogá que había de servirle de guía también continuaba atada a la cintura. Sólo entonces comenzó con la rutina de inhalar tal como le habían enseñado, diez, veinte, treinta veces...

—¡Cuidado, negro inútil! Se trata de llenar el cuerpo de aire, pero sin que se te vaya la cabeza y te deje beodo como una tinaja. Y recuerda, cuando toque subir, jala de la cuerda un par de veces para alertarnos. Tampoco olvides que, cada dos o tres varas, has de pinzarte la nariz con los dedos, a menos que quieras que, al salir, se te revienten los pulmones o se te tupa para siempre ese seso de bígaro que tienes. ¡Y vosotros dos, haraganes! —añadió el jefe, mirando ahora a Akali y Kaikara, que se aprestaban también a sumergirse—. Recordad lo que os he dicho mil veces de cómo hay que volver a la superficie. Las burbujas. Las burbujas del aire que soltáis son vuestras mejores amigas, no habéis de subir más aprisa que ellas a menos que queráis acabar como Guluamba y tantos otros, convertidos en festín de barracudas. ¿Preparados? Y esta vez no subáis con las manos vacías o juro que os haré pasar toda la noche arrancando conchas a la luz de la luna. Y ahora, ¡vamos! Quiero veros respirar, dos, tres, y así más de veinte veces.

Lumba siguió las instrucciones del jefe hasta sentir que sus pulmones estaban a punto de estallar. Sólo entonces cogió su piedra y, tomando impulso, se sumergió.

Los otros dos esclavos saltaron también. Lumba pudo verlos viajar hacia el fondo, como rígidas y oscuras estatuas, abrazados a sus enormes piedras. Sin embargo, la suya era más grande y por tanto bajaba más rápido. Sería el primero en llegar al fondo, y allí —sí, un poco más a la izquierda, ya podía verlas— dormían lo menos seis hermosas conchas. ¿Cuál de ellas contendría su perla?, se preguntó. Su sueño de la noche anterior había sido claro. Debía buscar, entre las de mayor tamaño, una con el borde superior algo ennegrecido... No, esta no, demasiado pequeña... Esta tampoco, demasiado blanca... ¿Y aquella? No, no. Quizá se encuentre un poco más allá.

Por fin la vio. Parecía una enorme tortuga, dormida y muy blanca, excepto por una línea negra que la distinguía de las demás. Lumba soltó entonces la piedra que tan diligentemente lo había llevado hasta el fondo y, cuchillo en mano, se apresuró a buscar la base de la ostra para liberarla. No fue fácil y empleó unos preciosos veinte o veinticinco segundos en arrancarla de las rocas. Sin embargo, una vez que la tuvo en sus manos, fue tanta su felicidad que se le antojó que ya no necesitaba respirar, que podía permanecer allí, en las profundidades, todo el tiempo que deseara. Por eso, se entretuvo unos segundos más en admirarla. Estaba entreabierta, lo que le pareció un buen augurio. Según les había explicado el capataz, las grandes perlas se formaban, precisamente, porque al abrirse se colaba dentro algún objeto extraño, un guijarro, un diminuto caracolillo que ellas, para protegerse, envolvían en nácar formando una perla.

Ahora sí empezaba a notar la falta de oxígeno. «Cuidado, Lumba —se advirtió—, recuerda que has de pinzarte

la nariz a medida que subes y, sobre todo, muy importante, no lo hagas demasiado rápido».

Miró hacia arriba. Qué lejos se le antojaba la superficie. «Aguanta, aguanta, no te apresures, más despacio...».

La concha era tan grande que dificultaba sus movimientos, temía que se le cayera. De ser así, alguno de los otros buceadores podría arrebatársela, y era suya. Suya y de Aila. Lumba repitió su nombre como un conjuro y a continuación pronunció también los de todos los espíritus a los que se había encomendado la noche anterior cuando ella dormía confiada en sus brazos. «Babalú Ayé, ayúdame, Ababalá, Auchun y Tembelé, haced que llegue arriba pero que no corra demasiado. Despacio... Mira las burbujas, vas más aprisa que ellas, pero si ya estoy casi arriba. Aila, ayúdame tú también. Obbatalá, no puedo, necesito respirar, empiezo a marearme...».

Lumba se apresura, no aguanta más. Por fin logra emerger a la superficie, ya tiene la cabeza fuera. Qué alivio, qué bendición, sus pulmones pueden ahora aspirar a placer, llenarse de aire. Así, así..., y Lumba deja que los rayos del sol de la tarde le acaricien la cara, el cuerpo, que se posen también sobre la espléndida concha que acaba de robarle al mar.

—¡Bravo, negro, buena pesca!

El capataz está contento. Lumba ve su sonrisa desprovista de dientes cuando coge de sus manos la ostra para subirla a bordo. Sólo entonces, cuando se ha asegurado de que la concha está a salvo, se ocupa de dar una segunda orden.

—¡Eh, tú! —le grita a un marinero—. Ayuda al negro a subir. ¿No ves que está más muerto que vivo?

Pero Lumba está bien. «No me pasa nada», piensa, al tiempo que se lleva ambas manos a los oídos. Dicen que por ahí es por donde empieza a escapar la sangre cuando Mandinga le come a uno por dentro. Pero el recuerdo de

Aila debe de haber obrado el milagro porque no nota ni sangre ni espumarajos. «Estoy a salvo —se dice—, solo necesito que me dejen aquí, tumbado un rato sobre cubierta, solo unos minutos, estoy tan cansado...».

Desde donde ahora se encuentra, puede ver al jefe rodeado de otra media docena de blancos. Si las ostras pequeñas suelen trasladarse a puerto y se abren una vez en tierra, las conchas grandes se despachan en el mismo barco para no cargar con carcasas inútiles. Si contienen perlas se recogen, el resto se devuelve al mar.

—¡Redió! Mira cómo se resiste esta malparida —oye decir a uno de los marineros.

—¡La puta! Casi medio dedo me he rebanado intentando abrirla, pero no ha de poder conmigo la condenada.

Lumba siente cómo el sol, poco a poco, comienza a caldear sus adoloridos músculos, también sus huesos. Cierra los ojos mientras las palabras de los marineros continúan llegando nítidas hasta sus oídos.

—¡Voto a todo! Mira que eres torpe, déjame a mí.

—Madre de Dios, ¿has visto alguna vez algo parecido a esto?

—Quita, quita, por mis muertos que yo nunca...

Un hilillo tibio empieza a recorrer su cara. «Solo es sudor —se dice Lumba—. El sol aprieta y...». Pero no. ¿Cómo va a ser sudor si su cuerpo aún está empapado tras la inmersión? Intenta llevarse de nuevo las manos a los oídos y sus brazos se niegan a obedecer, pesan más que el plomo. Nota ahora un dolor agudo como una cuchillada que atezca sus codos, sus axilas, también sus rodillas.

—... Trae *pa ca*. No vaya a escurrírsete la perla entre esas longanizas que tienes por dedos y acabe en el fondo del mar.

—¡Carajo! Por mis muertos que esta preciosura vale por cinco años de pesca. ¡Pronto! Que los negros se pongan a los remos, volvemos a tierra.

—Sí, más vale —interviene ahora una voz más caritativa que el resto—. Cuanto antes volvamos, mejor. Mirad al negro que la pescó, *pa* mí que se ha *reventao* por dentro.

«Estoy bien, estoy bien —piensa Lumba, y aprieta los dientes mientras otro dolor terrible se apodera esta vez de su cuello—. Lo que me atora la garganta no es sangre, solo agua, agua nada más. Ababalá y Auché, ayudadme, necesito pensar, hablar, gritar, Aila, mi amor...».

—¿Qué dice el negro?

—A saber, no se le entiende un carajo, estará llamando a sus dioses.

—¿Qué se puede hacer por él?

—Tú rezar, puesto que eres tan cristiano. Y apartarlo de aquí para que no estorbe.

«Pero si estoy bien —repite Lumba como una letanía—. Me duelen los brazos, las piernas, pero es por el esfuerzo, tengo sueño, tengo tanto sueño...».

* * *

—¿Cómo te llamas, niña?

—Aila, señor.

—¿Y sabes por qué he mandado por ti, Aila?

—No, señor.

—Ven, acércate, no tengas miedo.

Ella lo mira espantada. Allá, en la pesquería, cuando uno de los blancos se muestra así de amable, Aila sabe qué viene a continuación: besos húmedos y babeantes, manos rapaces afanadas en recorrer su cuerpo, colándose aquí y allá, en busca de sus más íntimos pliegues hasta que, quienquiera que sea el individuo (ella procura no mirar nunca sus caras) la penetra con violencia y desgarró para devolverla después con un jadeo de satisfacción y una nalgada al barracón de las mujeres.

Qué más da una violación más, se dice ahora mirando al hombre que tiene delante. Ya todo da igual. Desde que Lumba había muerto en sus brazos dos días atrás y ella suplicó al jefe de la pesquería que al menos la dejaran envolverlo en una sábana antes de echarlo al mar, poco importaba lo que pudiera ocurrirle.

—No va a pasarte nada, solo contesta a mi pregunta. Tú eras la compañera de Lumba, ¿verdad?

—Sí, mi amo —responde, preguntándose por qué la habrían llevado hasta allí, hasta casa de don Vicente y a su propio despacho, nada menos. Tres días después de la muerte de Lumba, un blanco que no era ninguno de los empleados de la pesquería la había abordado en la playa. Ella se encontraba con otras compañeras tal como solían sumergirse en busca de perlas, desnuda de cintura para arriba, pero el hombre aquel no la había mirado del modo en que solían hacerlo otros blancos. Le pidió que se vistiera y luego dijo que tenía orden de llevarla a la isla del patrón. Aila no se atrevió a preguntar para qué, como tampoco se atrevía a preguntar nada tal como estaba ahora, de pie, con el negro Romualdo a su derecha y, separada por una gran mesa oscura, frente al dueño de la pesquería. Sobre la mesa, destellando en contraste con el ébano de la madera, podía verse una única y enorme perla.

—Ven —dice el amo—, quiero que la veas de cerca. ¿Es o no una belleza?

Aila obedece. Gruesas y silenciosas lágrimas brotan de sus ojos sin que pueda detenerlas. Intenta enjugarlas con la manga de su vestido. Las esclavas no lloran. Es un lujo que no se pueden permitir, a menos que quieran sentir, una vez más, el mordisco del látigo.

—Vamos, criatura, seca esas lágrimas. No te he mandado llamar para tratar asuntos tristes sino lo contrario. Díselo tú, Romualdo —añade el patrón, volviéndose ha-

cia el negro viejo—. Cuéntale para qué la hemos traído hasta aquí y hazlo en vuestra lengua, eso la hará sentirse mejor.

El viejo Romualdo repite entonces lo que ya les había contado a Lumba y a ella cuando acababan de llegar a las islas. Vuelve a hablarle de la maldición de las grandes perlas y de cómo estas, con frecuencia, se cobran la vida de quien las arrebatan de las profundidades.

—... pero no estés triste, niña, piensa que él está ya con los *eggun* y desde allá velará por ti. Mira, ¿ves? Ya lo está haciendo, porque lo que ellas arrebatan por un lado lo devuelven por otro. ¿Recuerdas lo que os conté a ti y a Lumba sobre el esclavo que, años atrás, encontró una perla tan grande como esta? ¿Una que os dije que era también muy hermosa solo que algo más alargada y con una cruz en su base?

—Sí, y tampoco a él lo perdonaron los *eggun*.

—Entonces recordarás que os dije también que don Vicente, al no poder darle a él la libertad prometida, se la dio a su compañera. De aquí en adelante, Aila, eres libre.

Aila mira primero al viejo Romualdo y después al amo sin saber qué decir. Cuántas noches, con Lumba mirando la luna, habían soñado un momento como aquel. Ahora su sueño se había cumplido. Pero sin Lumba.

—Él ya no está —atina a decir.

—¿No te das cuenta, pequeña? Él hizo lo que hizo porque te quería libre, ese es su regalo.

Aila inclina la cabeza mientras sus ojos escapan hacia la superficie de la mesa donde la perla resplandece sobre el ébano, igual que un cisne que se desliza sobre un mar de cieno.

* * *

Era libre. Ya nunca más tendría que afanarse desnuda una hora, y otra, y otra más en busca de perlas cada vez más escasas y esquivas. Tampoco tendría que soportar latigazos ni besos beodos y babosos recorriendo su cuerpo. Y todo gracias a aquella perla que Lumba arrancó de las profundidades y en la que tantos sueños había depositado.

—¿Qué va a ser de ella, señor? —pregunta el viejo Romualdo, dirigiéndose a don Vicente.

Él sonríe entonces haciendo centellar esos ojos suyos transparentes que tanto desentonan con el resto de su físico.

—Yo no creo en los mengues ni en los *eggun*, pero me da a mí que una perla cuyas andanzas por este mundo comienzan con una historia de amor como la de Aila y Lumba propiciará muchas más de aquí en adelante.

—Sí, y también lágrimas, sangre... —apostilla el negro viejo—. Como yo sí creo en los mengues y en los *eggun*, patrón, *pa* mí que habrá tanto de lo uno como de lo otro.

—¿Estás pensando en alguien en particular, negro desconfiado?

—No, mi amo... Bueno, sí —rectifica, como si se lo hubiera pensado mejor—. ¿Habéis visto la carta que dejé esta mañana, aquí mismo, sobre vuestra mesa, señor? Se ve que las noticias corren más que los mengues y... En fin, patrón, que, o mucho yerro yo, o a esta señorita —añade sonriendo en dirección a la perla— le ha salido su primer pretendiente.

—Querrás decir un comprador, supongo.

—Sí, señor. Eso he querido decir. Y cavilo yo: ¿de qué habrá más en la vida de la primera persona que se haga con ella? *Pa* este negro que va a ser lo segundo.